

Palabras difíciles en Josué

1. ¿De qué modo podemos entender el carácter de Dios, tal como lo revela el resto de las Escrituras, en comparación con su cruel mandato de destruir por completo ciudades y pueblos en la conquista de la Tierra Prometida?

Cuando Josué dictó las órdenes para destruir Jericó, se hacía eco de los muy claros mandatos de Dios. Los pasajes como Éxodo 23.32, 33; 34.11–16 y Deuteronomio 7.1–5; 20.16–18 hacen que sea imposible suavizar o eludir la verdad de que Dios ordenó la destrucción de poblaciones enteras. No se trataba tan solo de soldados que mataban a soldados. Muchas de esas víctimas eran mujeres y niños. El desafío de quien estudia la Biblia con seriedad y humildad consiste en enfrentar esos horrores y las duras lecciones que enseñan sin tratar de hallar explicación para ello. Si no sentimos creciente temor reverencial por la santidad de Dios y su justo juicio en cuanto al pecado, se esfumará nuestro entendimiento de la gracia y la misericordia de Dios.

Si no reconocemos que Dios puede castigar —lo cual hace—, la posibilidad de la misericordia y el perdón no tiene peso. Si no intentamos ver todo el espectro de las acciones y el carácter de Dios, nos inclinaremos hacia lo que nos gusta o no nos gusta, y nos perderemos la relación que existe. Esas brechas en nuestra comprensión pueden llenarse en parte con la explicación bíblica.

El papel de Israel al aplicar el juicio de Dios no tenía nada que ver con la propia justicia de los israelitas. Si no fuera por la gracia de Dios, serían ellos muy probablemente los que habrían estado en el lugar de esos pueblos sentenciados a muerte: «No pienses en tu corazón cuando Jehová tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas naciones Jehová las arroja de delante de ti» (Dt 9.4.)

Dios podría haber usado la enfermedad, la hambruna, el fuego o el diluvio para limpiar la tierra, pero decidió utilizar al pueblo de Israel. Cuando ocurren terribles desastres naturales todos sufren. Resulta difícil aceptar que los niños corrieran la misma suerte que sus padres, pero así suele suceder. Y así fue, cuando Israel aplicó el juicio de Dios. ¿Fue injusto Dios al incluir a esos niños en el castigo? ¿O tienen responsabilidad los padres y líderes por arriesgar las vidas de los inocentes al rechazar a Dios? Algunas de esas interrogantes tendrán que resolverse más allá de la muerte, cuando ocurra el juicio final (He 9.27).

2. ¿Por qué bendijo Dios a Rahab y le dio un papel estelar en la historia a pesar de su mentira?

Dios no salvó la vida de Rahab debido a su mentira, sino porque tuvo fe en Dios. A Rahab se le dio la bendita oportunidad de ponerse del lado de Dios al proteger a dos espías israelitas, por lo que ella actuó dentro de las circunstancias en que se encontraba. Mintió con audacia, con ingenio. Tal vez su respuesta inicial no fue más que por hábito, por su profesión. Desde la perspectiva del rey de Jericó, Rahab sería culpable de traición, no solo por haber mentido. Demostraba una nueva lealtad, pero no sabía todavía que ese Dios en quien ahora quería confiar tenía reglas en cuanto a las mentiras.

El cambio drástico en la vida de Rahab cuando esos espías golpearon a su puerta se puede ver de diversas formas. Arriesgó su vida para confiar en Dios. El libro de Rut revela también que Rahab se casó y fue tatarabuela del rey David, y ancestro de Jesús. Siglos después Rahab, por su fe, aparecería entre las mujeres de la lista de Hebreos 11.

3. ¿Cómo se relaciona con nosotros la victoria garantizada que Dios le dio a Josué?

El libro de Josué comienza cuando Dios le da la comisión al nuevo líder de Israel. Dios describe la misión de Josué: entrar y tomar posesión de la tierra (1.2–6). Dios hizo que el éxito de Josué dependiera de tres factores clave: (1) la presencia de Dios mismo (1.5); (2) la fuerza y el coraje personal de Josué (1.7, 9); y (3) la atención de Josué a la Palabra de Dios y su aplicación (1.7, 8).

El proceso de la meditación bíblica comienza con una lectura atenta y detallada de la Palabra de Dios. Después pasa a la familiarización y la memorización. Y luego «de día y de noche meditarás» en ella (Jos 1.8). Josué tuvo que pasar tiempo suficiente estudiando el libro de la ley como para que este pasara a formar parte de él. El propósito de la Palabra de Dios se logra cuando la meditación nos lleva a la aplicación: «para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito» (1.8).

«Porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien» (1.8), le dijo Dios a Josué. Este halló que la medida suprema de la prosperidad y el éxito estaba en saber de qué modo quiere Dios que viva su pueblo y entonces vivir así. Dios le aseguró a Josué varias veces que estaría con él «dondequiera que vayas». ¿Qué mayor medida de éxito podría haber, que la de honrar al Dios omnipresente con nuestra obediencia?